



**José Antonio AYALA: La masonería en la Región de Murcia.** Ediciones Mediterráneo. Murcia, 1986. 553 págs.

El libro que hoy presentamos posee el inestimable valor de las obras bien hechas. La cantidad y calidad de las fuentes utilizadas, la limpieza de la metodología aplicada y la imparcial sistematización de un material que tanto se presta a interpretaciones preconcebidas prueban sobradamente la categoría científica y la honestidad intelectual de su autor. Por otra parte, su contenido sobrepasa, en muchas ocasiones, lo que acota el título, convirtiéndolo en obra de consulta obligada para masonólogos españoles e historiadores del Levante español, y en un trabajo de indudable interés para cualquiera que desee conocer nuestra España contemporánea. Estamos, por tanto, frente a un libro importante.

En primer lugar hay que destacar que las fuentes en que se basa son seguras. El hecho de que toda la trama argumental esté sustancialmente fundamentada en una documentación inédita de uso exclusivamente interno de las logias elimina el fantasma de su posible manipulación en vistas a la publicidad. Reglamentos internos, actas de logias, constituciones, rituales, correspondencia, prensa y publicaciones intramasónicas, etc., significan un acervo impresionante de fuentes, a pesar de su fragmentariedad ocasional, para conocer los planteamientos y actividades de los masones murcianos. Esta sólida documentación ha servido para trazar una historia objetiva, rigurosamente ajustada a datos constatables, sin la menor concesión a suposiciones gratuitas.

En segundo lugar la arquitectura del libro es diáfana. Obedece a un criterio doble: por un lado se estudian sincrónicamente los distintos organismos masónicos existentes en la región murciana, y por otro se agrupan dichos organismos según los distintos espacios geográficos y socioeconómicos de la región. Esta articulación espacio-temporal permite aprehender tanto las relaciones existentes entre las diversas células masónicas como el conjunto de sus efectivos en una determinada área geográfica durante cada periodo estudiado. A ese doble criterio superpone dos nuevos planos de análisis dirigidos al conocimiento *ad intra* de las logias, y a las relaciones con la sociedad de las mismas. Varios capítulos son introducidos mediante el estudio socioeconómico de la ciudad o pueblo en que surgieron triángulos, logias, cámaras u organismos superiores masónicos, en un esfuerzo, casi siempre logrado, de establecer nexos explicativos.

El libro sorprende desde el comienzo. Un primer capítulo, dedicado a los orígenes de la masonería en Murcia, recorre la etapa histórica transcurrida desde comienzos del siglo XIX hasta la Revolución de Septiembre. Periodo muy largo, hasta el momento mal conocido por la historiografía masónica, sobre el que el profesor Ayala resalta alguna importante cuestión e ilumina otras muchas. La preeminencia masónica de

Eugenio Portocarrero, conde de Montijo, queda fuera de toda duda. El activismo masónico de Van Halen y Torrijos desde Murcia y Cartagena y sus conexiones con el conde de Montijo en Granada, a través de Juan Abascal, administrador general de Correos de esta última ciudad, son manifiestas, si bien es cierto que queda por dilucidar todavía el papel institucional jugado por la masonería en el fracasado levantamiento en Cataluña de Lacy y Milans del Bosch, también masones, y en el advenimiento del Trienio Constitucional. Sobre el período que va de 1833 a 1868 Ayala confiesa no haber encontrado documentación alguna, pero su fino olfato de historiador le hace sospechar, en mi opinión con acierto, que «el auge masónico —alcanzado a partir de 1868— quizás sea inexplicable sin unos precedentes, sin la referencia a unas personas o unos grupos que mantuvieran, de forma latente o activa, los principios de la Orden que las primeras logias habían proclamado» (pág. 51).

Con el advenimiento del Sexenio, y hasta finales de siglo, la masonería murciana vive, al igual que sucede en el resto del Estado español, su edad de oro. Más de medio centenar de organismos masónicos proliferaron en la región durante aquellos años. Uno a uno van siendo desgranados con tino quedando patente los conflictos intramasónicos, el contenido de los debates entre los hermanos, las ceremonias litúrgicas, la organización y vida interna de las logias en definitiva, reproduciendo una buena gama de textos masónicos que permiten conocer al lector de manera directa ideas, propósitos y lenguaje de la masonería. Además puede apreciarse la incardinación de las distintas logias dentro de las diversas obediencias o ramas masónicas de carácter nacional que tuvieron implantación en la región murciana, y cómo repercutían los presupuestos ideológicos y los conflictos organizativos de éstas en aquéllas. Son de destacar los esfuerzos realizados para la creación de una obediencia autónoma en 1893 denominada Gran Logia Provincial de Murcia. Encuentro muy relevantes los datos sobre cuadros de edades, estatus social de los miembros de los talleres, naturaleza y nombres de los componentes —una relación de casi 2.000 masones en el cómputo total del libro—, actividades benéficas, culturales, educativas, etc., de las logias según un específico ideal masónico, logrando roturar una parcela más de la historia de las mentalidades.

Después de la tempestad llegó la calma y el esplendor del último cuarto del siglo XIX —de especial intensidad en Cartagena y Murcia, en tono algo menor en La Unión y Aguilas, y con enclaves de mayor o menor importancia en Alcantarilla, Moratalla, Cieza, San Pedro del Pinatar, Yecla, Jumilla, Caravaca, Torreagüera, Cehegín, Algar y Lorca— quedó apaga-

do a finales de siglo. Tras la letal crisis de entresiglos la masonería murciana no tomó consistencia hasta la II República si bien «el renacimiento masónico no se produjo, sin embargo, íntegramente en la República, sino que se inició ya en el último lustro de la Dictadura, estimulado más que coartado por una limitada represión» (pág. 395).

El cambio de régimen favoreció notablemente a la institución masónica, que alcanzó en estos años su edad de plata. Sus efectivos, desde luego, fueron muy inferiores a los de épocas pasadas, no alcanzando la docena el número de organismos activos. La masonería de este tiempo llegó a complicarse con la República y en cierto modo desbordó su cuerpo de doctrina, que prohibía hablar de religión y política en las logias. A pesar de los eminentes políticos que poblaron los templos masónicos —como ya había sucedido en la Restauración con Antoñete Gálvez, Juan López Somalo, Pagán Ayuso, Juan de la Cierva Peñafiel y otros—, y de las actividades políticas de determinados organismos masónicos, el profesor Ayala no cae en la tentación de forzar la historia y da una nueva prueba de objetividad en este juicio paradigmático: «Por supuesto, sería parcial toda generalización a considerar a todas las logias por igual, como también hay que establecer distinciones entre la actitud de la masonería, como institución ante la República, y el papel que pudieron representar, durante ella, a título individual, calificados masones que actuaron en la vida pública.» (Pág. 396.)

No es el objetivo de una reseña suplir la lectura de un libro, por otro lado imposible en este caso dado el copioso manantial de datos e información que encierra, pero sí informar al presumible lector sobre el interés o desatino de dicho libro. Hoy desgraciadamente se escriben millones de páginas por afán o necesidad de publicar sin ofrecer resultados dignos. Debo agradecer al profesor Ayala que el tiempo ocupado en la detenida lectura de su investigación no me haya resultado en ningún momento perdido.

**Pedro F. Álvarez Lázaro**